

El Día Mundial del Medio Ambiente en Extremadura nos sirve, una vez más, para reiterar nuestra voluntad y acción decidida por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza en el marco de nuestro programa "Extremadura XXI. Acciones de desarrollo sostenible".

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que "lo importante es llegar todos juntos".

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo junto con la Editora Regional de Extremadura de la Consejería de Cultura y Patrimonio y la Fundación ONCE han realizado la edición de los cuentos ganadores en el III Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta".

ISBN-84-7671-477-7



9788476714775

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo
Consejería de Cultura y Patrimonio



...sólo estrellas

Mónica de Castro Pardo

...SÓLO ESTRELLAS

La obra *...sólo estrellas*
de Mónica de Castro Pardo, obtuvo el Segundo Premio del
III Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta"
convocado por la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo
de la Junta de Extremadura.

El Jurado estuvo formado por Carmen Galán como Presidenta,
Carmen Sánchez como Secretaria y Elisa Luengo,
Andrés Rodríguez y Casto Iglesias como vocales.

Mónica de Castro Pardo

...SÓLO ESTRELLAS



EDITORIA REGIONAL DE EXTREMADURA

MÉRIDA 1999

© De esta edición:

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo

Consejería de Cultura y Patrimonio

© Mónica de Castro Pardo

© Maquetación e Ilustraciones: Pura M. Llerena - Mérida

I.S.B.N.: 84-7671-477-7

Depósito Legal: BA-52-1999

Impresión: Tajo Guadiana ~artes gráficas~
Telf. y Fax: 924 27 46 56 • BADAJOZ

...sólo estrellas

Hay quien piensa que los cuentos son simples historias que un día alguien inventó para que la fantasía de los más pequeños pudiera volar a lugares de ensueño, a rincones maravillosos donde habitaban criaturas mágicas y misteriosas.

Hay quien piensa que los cuentos son sencillamente relatos, sin más, y cuando acaban, se esfuman en un santiamén todos esos seres maravillosos que nacen con aquel “Érase una vez...”.

Pues, sí, aunque os parezca mentira, hay quien piensa que los cuentos no son mágicos.

Yo también lo pensaba, hasta que aquel veinticuatro de enero, ocurrió algo que me hizo cambiar de opinión...

...Tres eran las cosas que nos entusiasmaban hacer a Fran y a mí; una era escuchar las emocionantes historias de nuestro viejo amigo Nicolás, otra era esperar en la medianoche que las viejas campanas de la iglesia se despidieran con su cántico de un día más, y la tercera y más apasionante de todas era subir al anochecer a lo alto del risco para ver parpadear a las estrellas en el limpio cielo y escuchar los misteriosos y melancólicos aullidos de los lobos que moraban aquellos parajes.



Claro que no siempre podíamos hacerlo. Sin embargo, cada veinticuatro de enero, invariablemente emprendíamos nuestras tres aventuras como si se tratase de una especie de rito que, año tras año, realizábamos sin excusa. Nunca supe desde cuándo ni el porqué de aquella fecha, pero cada día del año esperábamos impacientes tan ansiado acontecimiento. Ya eran casi las ocho y media; Fran tenía que estar a punto de llegar...

Hacia ya casi una hora que me había enfundado en mi grueso abrigo de lana azul y esperaba impaciente en la butaca del recibidor.

Qué extraño que se retrasara,... Bueno, todavía faltaban cinco minutos...

Pegué mi diminuta nariz a los cristales de la ventana, apoyándome con las palmas de las manos en el viejo marco de madera. Hacía frío, seguramente helaría aquella madrugada pues el cielo estaba raso; pero mi entusiasmo me impedía sentir el frío. ¡Tan sólo quería que llegara Fran de una vez!

Calle abajo divisé por fin una espigada figura marrón que subía a grandes zancadas hacia mi casa. Cogí mi gorro y mis guantes y salté a la calle apremiándole nerviosa a que se diera prisa. Él sonrió al verme y subió corriendo hacia donde le esperaba.

Fran era un chico de doce años que, ...bueno, era como cualquier otro chico de doce años. La única diferencia del resto es que era mi mejor amigo. Tan sólo me llevaba diez meses y era graciosa la actitud proteccionista que en ocasiones adoptaba conmigo.



En menos de cinco minutos llegamos a casa de Nicolás. La pesada puerta de roble, ennegrecida ya por el frío y la humedad, apareció entornada y entramos sin llamar en la acogedora casita del anciano.

Dejando los abrigos de cualquier manera sobre el perchero isabelino que presidía el pequeño recibidor, nos dirigimos atropelladamente hacia la cocina, donde solía esperarnos nuestro amigo.

Allí, sin embargo, no había nadie.

Una larga mesa de madera rústica, situada en el centro de la habitación, aguardaba con dos humeantes tazones de chocolate caliente y una fuente repleta de magdalenas y mantecados de canela.

Nos sentamos en el banco de nogal, junto al fuego de la chimenea y comenzamos a dar buena cuenta del delicioso festín que nos había preparado nuestro anfitrión, mientras esperábamos impacientes su llegada.

No más de diez minutos debieron transcurrir hasta que apareció, que a nosotros se nos antojaron eternos. Entró en la estancia silenciosamente, nos miró y, sonriendo con dulzura, inclinó ligeramente la cabeza a modo de saludo. Nicolás era un hombre no demasiado alto, de complexión delgada y movimientos ágiles a pesar de la edad. Su cabello, totalmente blanco, se presentaba ondulado sobre la despejada frente. Y una larga barba blanca, como de algodón, arropaba suave su rostro.

Siempre pensamos que, por lo menos, tendría unos doscientos años; era un hombre muy sabio...



Pero lo que más nos gustaba de él era su olor; bergamota y romero se mezclaba con la menta y la albahaca. Olía a tierra mojada. Olía bien.

Las gentes del pueblo pensaban que estaba loco, ya que rara vez cruzaba palabra con los lugareños. Sin embargo, más de uno le había observado en más de una ocasión untando bálsamos curativos sobre las ramas de algún abedul abatido por un rayo, o dedicando algún dulce y extraño cántico a las estrellas.

A veces, se adentraba en el bosque y tardaba días, semanas o incluso meses en regresar.

Cierto es que no era un hombre demasiado hablador,

tan sólo hablaba cuando debía hablar.

Se aproximó pausadamente hacia la mesa y, acercando una silla a la chimenea, se sentó frente a nosotros.

No podíamos ocultar nuestro nerviosismo; había llegado el momento que llevábamos esperando todo el año...

Poco a poco, una acogedora y tenue luz anaranjada comenzó a inundar la estancia.

El viejo parecía haber quedado absorto por el fuego. Mientras, nosotros, pendientes del más mínimo gesto.

Tan sólo se oía el crepitar del fuego.

Entonces algo comenzó a cambiar...



El olor de la leña comenzó a difuminarse poco a poco, confundándose con el olor del bosque verde.

El humo, etéreo, parecía haberse transformado en la espesa niebla que disfrazaba el valle al amanecer.

Incluso nos pareció sentir la caricia de la suave brisa, que jugueteaba indisciplinada con nuestros cabellos.

...y todo sin salir de aquella habitación...

Entonces, Nicolás comenzó su historia:

“Érase una vez, el animal más hermoso que hayáis podido imaginar; Jaira, un espléndido ejemplar de lobo ibérico.

Era una loba grande y fuerte, pero a su vez, tan exageradamente elegante que parecía, en vez de andar, estar interpretando una silenciosa danza que tan sólo ella conocía. Su pelaje era suave y espeso, mezclados caprichosamente el color del chocolate caliente, el aterciopelado negro de la noche y los ocres dorados de las interminables llanuras.

Parecía haber quedado envuelta en un trocito de paisaje; de bosque, de tierra y de sueños.

Los ambarinos ojos rasgados, limpios y dulces, mostraban la infinita ternura que cobijaba su corazón.

Su brillo, la eterna nobleza...

Sin embargo, había quien no sabía mirar en aquellos ojos. Su corazón no había crecido lo suficiente para aprender a leer aquellos ojos de color de la miel. Eran los “hombres sin voz”.

Estos seres no hacían otra cosa que hablar y hablar, y hablar y hablar, pero en realidad, nunca decían nada. No eran capaces de amar y no sabían mirar al cielo: continuamente miraban hacia el suelo.

Los “hombres sin voz” eran, sin duda, muy peligrosos.

Desgraciadamente, en los territorios de Jaira rondaban muchos, muchos “hombres sin voz”. Hombres que no podían soportar la presencia de un ser que, con un simple aullido, era capaz de contar mil secretos.

Pero también había quien sabía entender cada uno de los fascinantes mensajes de los lobos. Y no eran precisamente personas de aspecto fornido, ni muy imponentes. Tampoco eran sabios, ni estudiosos, ni eruditos. Ni siquiera tenían poder ni riquezas. Sólo eran dos niños.

Dos simples niños eran capaces de entender todo aquel “complicado” lenguaje de signos, gestos y sonidos, que nadie sabía comprender.

Tan sólo sabían escuchar...

Cada noche subían a lo alto de las peñas para escuchar el apasionante recital que Jaira y su familia ofrecían a las estrellas.

Fran y yo nos miramos y sonreímos: ya conocíamos aquella historia. La vivíamos cada noche.

Nuestro curioso narrador carraspeó suavemente, bebió un trago de agua del botijo barrigón que descansaba sobre un carcomido taburete de madera, y prosiguió su relato.

...Cuenta la leyenda que cada ser, cuando muere, se convierte en una estrella y sube a lo más alto del cielo, para guiar desde allí nuestros pasos. Según la nobleza que haya albergado cada alma en vida, su estrella brillará con más intensidad que el resto...

Hay quien piensa que los lobos aúllan a la luna.

El anciano agachó la cabeza y chasqueó graciosamente la lengua en señal de desaprobación.

Los lobos, con sus aullidos, tejen cada noche un tapiz de blancos sueños con estos espíritus infinitos, que cada noche velan nuestro descanso.

Pero los “hombres sin voz”, como os he dicho antes, no sabían mirar al cielo, así pues, vagaban perdidos por los caminos sin saber adonde dirigirse. Andaban y hablaban, hablaban y andaban, con ese absurdo parloteo que nunca decía nada y caminando sin rumbo hacia ningún lugar.

Tan sólo podían guiarse cuando las estrellas aparecían reflejadas en los charcos que formaban sus propias lágrimas cuando una nueva alma aparecía en el firmamento.

Así pues, los “hombres sin voz” intentaban continuamente que los caminos aparecieran repletos de charcos opacos que guiaran sus absurdas caminatas.



Nicolás saboreó una ramita de tomillo que guardaba sobre la repisa de la chimenea para aromatizar la habitación. Era algo que hacía con frecuencia.

Pues bien, como os iba diciendo, Jaira poseía una belleza casi, casi irreal. El resto de los miembros de su manada no tenían demasiado que envidiar a la loba.

Cinco eran los pequeños lobeznos que habían nacido la pasada primavera. Cinco traviesas e indisciplinadas pequeñas bolitas de pelo color café, todo patas y orejas...

Hyru, Laia, Lyx, Misú y Serón eran los nombres de estos pequeños rebeldes, que acosaban a todas horas con sus infatigables juegos a sus progenitores: Jaira y Landú.

Landú era un animal poderoso, imponente como Jaira, pero algo más corpulento. Su pelaje era algo más áspero, tupido y oscuro.

Parecía un jirón del negro cielo de las noches de luna nueva.

Era un lobo inteligente y astuto, y al igual que su compañera, de extraordinario valor.

Oryx era el "abuelo". Animal de avanzada edad y sabiduría, si bien sus años se dejaban notar en su fortaleza física, sabía guiar al resto de la manada ante situaciones complicadas. Era el que soportaba con abnegada paciencia los juegos de los pequeños, y absolutamente TODOS los componentes del clan profesaban un profundo respeto hacia él.

En aquel momento Nicolás interrumpió su relato. Se había apagado el fuego. El anciano se levantó hacia la leñera para recoger algunos troncos. Una vez



avivado el fuego, impacientes, aguardamos que nuestro amigo prosiguiera con la maravillosa historia de Jaira.

Como cada día al atardecer, Landú y Jaira se adentraron en el bosque de Suz en busca de alimento para el resto de la familia. Mientras, el viejo Oryx cuidaría de los pequeños. Caminaban por el pedregoso camino a trote ligero; delante Landú, un poco después Jaira, cuando llegó el atrayente aroma de la comida. Aligeraron la marcha. Hacía varios días que no habían podido comer nada más que semillas, raíces y bayas, y sus estómagos se resentían.

A lo lejos, divisaron por fin el succulento festín. Se acercaron rápido y sin cautela. El hambre se hacía sentir, además,..., estaban los pequeños.

Pero, cuando se encontraban escasamente a un par de metros de la pitanza, algo inquietó a Jaira;

era el olor del peligro.

Hizo una señal a su amigo, girando sobre sí misma dispuesta a emprender la huida.

Demasiado tarde.

Un murmullo de palabras sin sentido surgía desde detrás de los brezos cada vez más fuerte, y un tropel de escandalosas figuras apuntaban, en un instante, los cañones de sus escopetas hacia ellos.

Eran los "hombres sin voz".

Un eco ensordecedor sonó junto a ella, y Landú cayó abatido a su lado.



¡Los pequeños! –Aturdida, partió a todo galope hacia el otro lado del bosque. Debía llegar a su cubil cuanto antes.

Un golpe seco sacudió sus cuartos traseros. Algo la había mordido. Quemaba tanto... pero no podía detenerse. Debía darse prisa.

Rodeó el pinar para llegar a su refugio, intentando despistar a su ensordecedores enemigos.

Cerca ya del cubil, sonaron tres disparos que procedían de aquella dirección. Jaira sacó fuerzas de donde no tenía y forzó el galope. El trayecto había sido largo y había perdido mucha sangre.

Cuando por fin llegó, comprobó con alivio que los pequeños seguían allí, ilesos. Sin embargo, Oryx no estaba. Seguramente habría intentado alejar a los “hombres sin voz” de los lobeznos.

Debía actuar con rapidez. Uno a uno, fue trasladando cuidadosamente a su crías a lo más alto del risco. Una cavidad casi inaccesible y perfectamente resguardada por espesos matorrales de jara y brezo, le sirvió como improvisado refugio.

Primero Misú, después Lyx, Laia fue la tercera en ser trasladada, Hyru y Serón fueron los últimos. No entendían nada, ¿a qué venía aquella repentina mudanza? Tenían hambre y frío, sin embargo, debían presentir que algo no iba bien, pues no lanzaron ni un sólo gemido... Eran de naturaleza fuerte como su madre.

Jaira estaba exhausta.

Aunque los pequeños habían sido destetados hacía algunos días, todavía conservaba algo de leche que darles. No le hicieron ascos y comenzaron a mamar con ansia.

Jaira se lamió la herida. El dolor era cada vez más intenso y la tibia sangre teñía de bermellón el pelo de la loba. Empezó a comprender que había llegado la hora de retirarse a algún lugar más tranquilo.

Una vez acabó de alimentar a su pequeños, se despidió con suaves y cálidos lametones. Si permanecía más tiempo allí, los lobeznos morirían asfixiados; la oquedad era demasiado pequeña para los seis.

Era ya noche cerrada.

Se aposentó en un improvisado lecho de esponjosa tierra ocre, al cobijo de unos matojos.

Oryx TENÍA que estar vivo, debía cuidar de sus pequeños.

Debía indicarle donde estaban.

Alzó la cara, cerró los ojos y, dejándose llevar por su corazón, o por su instinto, según se mire, aulló su mensaje a las estrellas, y esperó.

No hubo respuesta.

Insistió de nuevo, esta vez con una pizca de impaciencia.

Todo silencio...

Sólo silencio..., no era posible, no podía estar sola.

Lanzó un último aullido desesperado; la invadió un horrible miedo, sintió pánico y el silencio la ahogaba. Era imposible. Debía tratarse de una pesadilla.

Las patas temblorosas parecían no poder sostener un segundo más su cuerpo tenso por el miedo, pesado,... tan pesado...

Agachó tristemente la cabeza y, justo antes de desplomarse, un aullido, lejano pero firme y nítido como la noche, inundó el horizonte azul marino de calor y de leyenda.

La lluvia comenzó a borrar sus huellas.

Aquella noche, los mágicos espíritus nacarados lloraron con más amargura que nunca, alfombrando los caminos con interminables charcos que reflejaban una estrella que brillaba más que ninguna; el alma más noble de todas.

Hasta el tiempo se detuvo un instante para poder contemplar aquel impresionante tapiz".

Así concluyó su relato nuestro emocionante amigo. Fran y yo habíamos permanecido absortos, sin pestañear siquiera.

El fuego se había vuelto a apagar, pero nadie se había dado cuenta.

De pronto, un grito de Fran me sobresaltó. –¡Las once y media!– Teníamos que darnos prisa si queríamos escuchar las doce campanadas desde el risco.

Abrazamos apresuradamente a Nicolás y, con los abrigos en la mano, subimos corriendo por el destartalado camino de tierra. ¡Vaya!, había llovido. El camino estaba repleto de charcos.



Fran y yo nos miramos inquietos. Luego sonreímos; ya no éramos niños de primaria para creer en esas fantasías. Al fin y al cabo sólo era un cuento...

Seguimos con nuestro precipitado ascenso hasta que llegamos, casi sin aliento, a nuestro rincón preferido; a lo más alto de las peñas.

Eran las doce menos cinco, ¡menos mal!, ningún habitante de la comarca recordaba que el campanario de la iglesia se hubiera retrasado una sola vez al dar sus campanadas.

Sin embargo, aquella noche, nadie las oyó tocar.

Lo último que recuerdo fue un aullido, lejano pero firme y nítido como la noche, inundando el horizonte azul marino de calor y de leyenda.

Ya no hay charcos,... sólo estrellas.